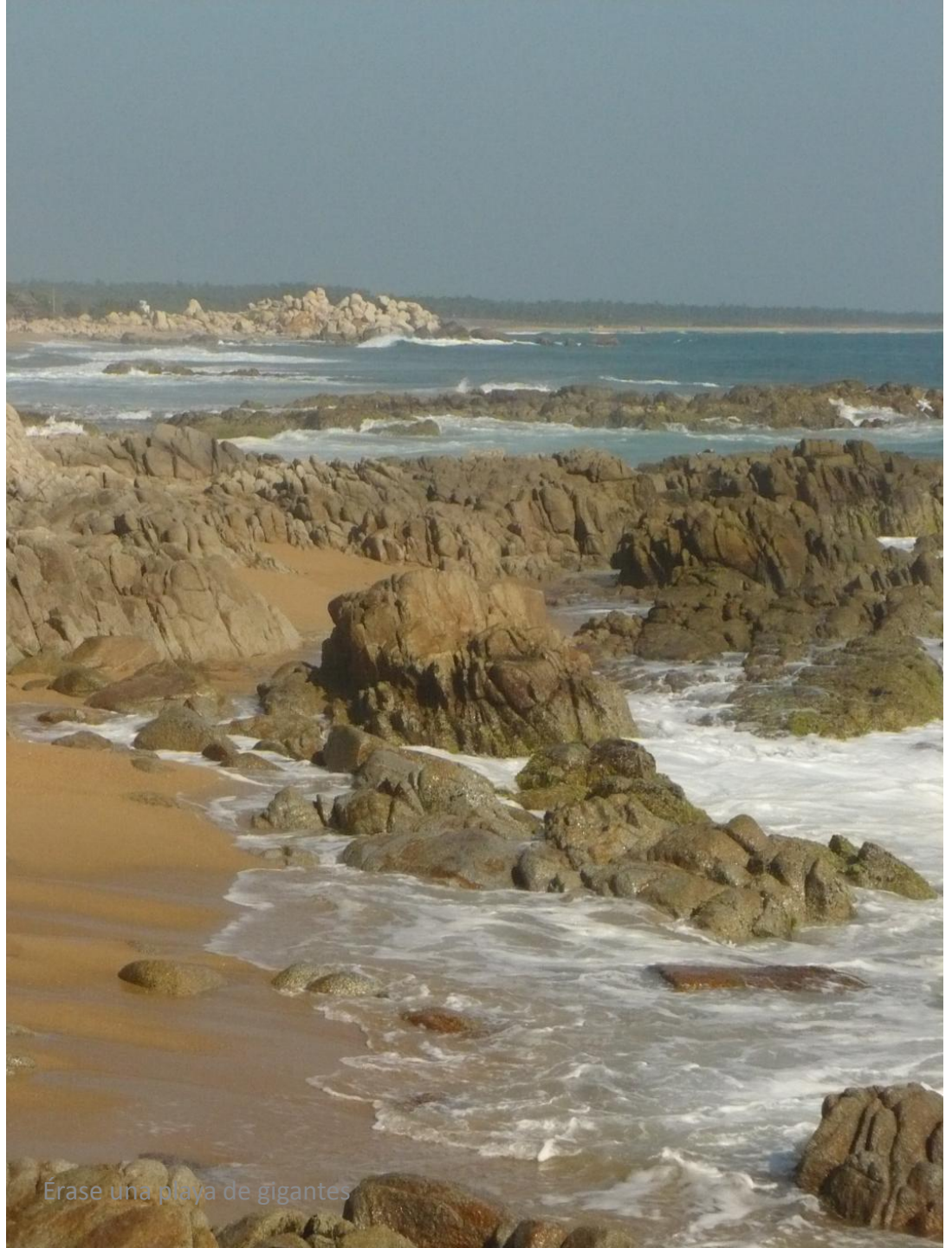


Érase una playa de Gigantes

Cuento de Miguel Ángel Izquierdo
Sánchez

Fotografías del autor, tomadas entre Playa
Ventura y Casa de Piedra, Guerrero



Érase una playa de gigantes



Érase una playa de gigantes

Cuento y fotografías de Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Derechos reservados.

Cuernavaca, Morelos, México, 2016. Comentarios a: izquier1953@gmail.com



Soy Ere y vivo en Cuernavaca. Mis papás me llevaron por primera vez al mar cuando cumplí los doce años. Decidimos para eso ir a acampar a Playa Ventura, en la costa chica de Guerrero. Cuando lo tuve frente a mí, me entraba por todos los poros, haciéndome sentir líquida, esmeralda y rubí, como él. Estábamos en la playa, junto a la cabaña de los Pérez Ventura.

Érase una playa de gigantes

Al día siguiente de nuestra llegada, mis papás me dejaron hacer la primer caminata por la playa, acompañada de los niños Pérez Ventura y sus primos. El mar seguía imponente, y por la costa se me venían encima centenas de seres que iban en marcha, extremadamente juntos, hechos de piedra. Mientras yo me admiraba del paisaje, los hermanos Arturo y Juan Pérez Ventura, pequeños de siete y ocho años, hacían cabriolas y malabares a mi lado.



Érase una playa de gigantes

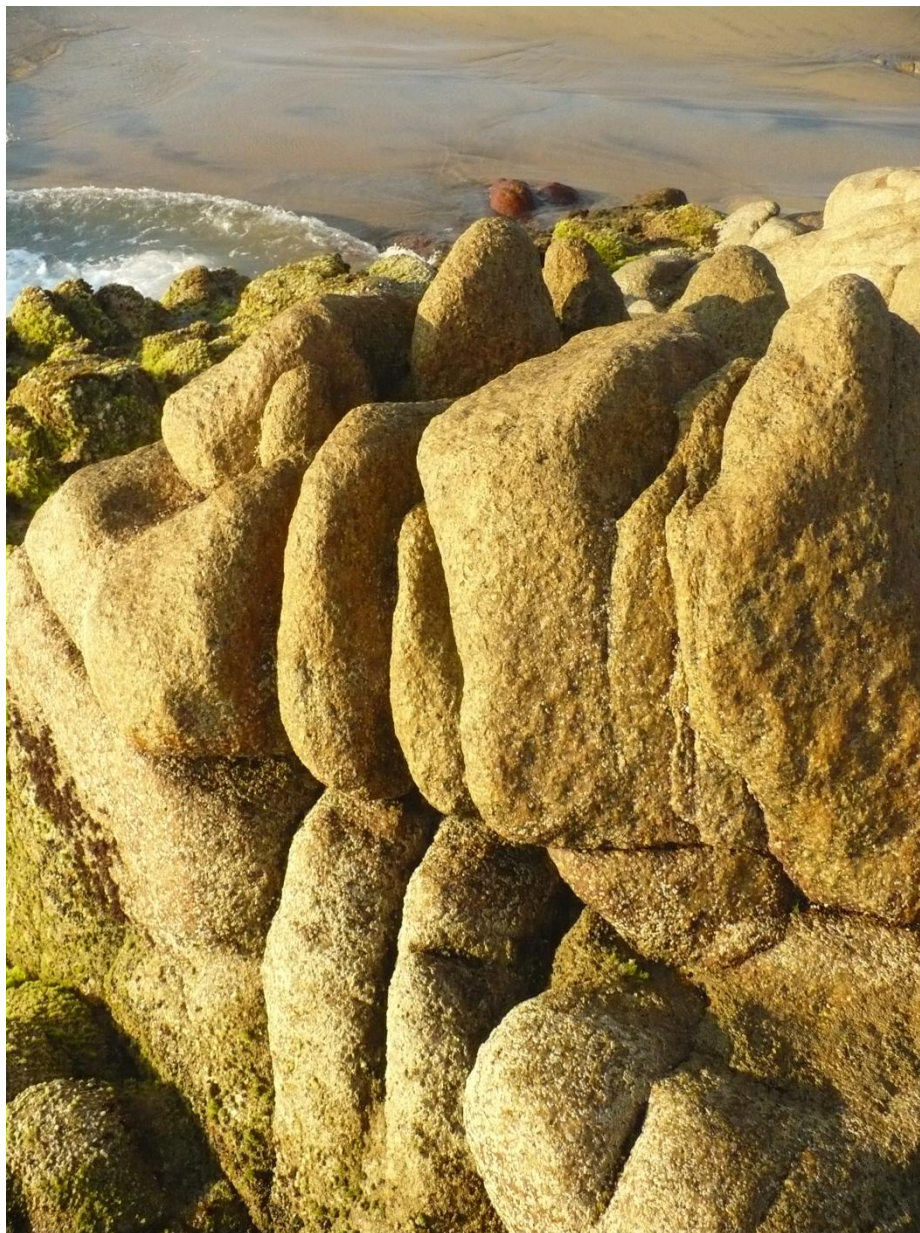
Me acerqué a los seres de piedra: unos caminaban abrazados mientras otros yacían, como si estuvieran tomando el sol a la orilla de la playa. Los debió haber sorprendido un gran cataclismo, repentino, cuando quedaron petrificados, pues parecían descansar, disfrutando muy juntos un baño de sol.



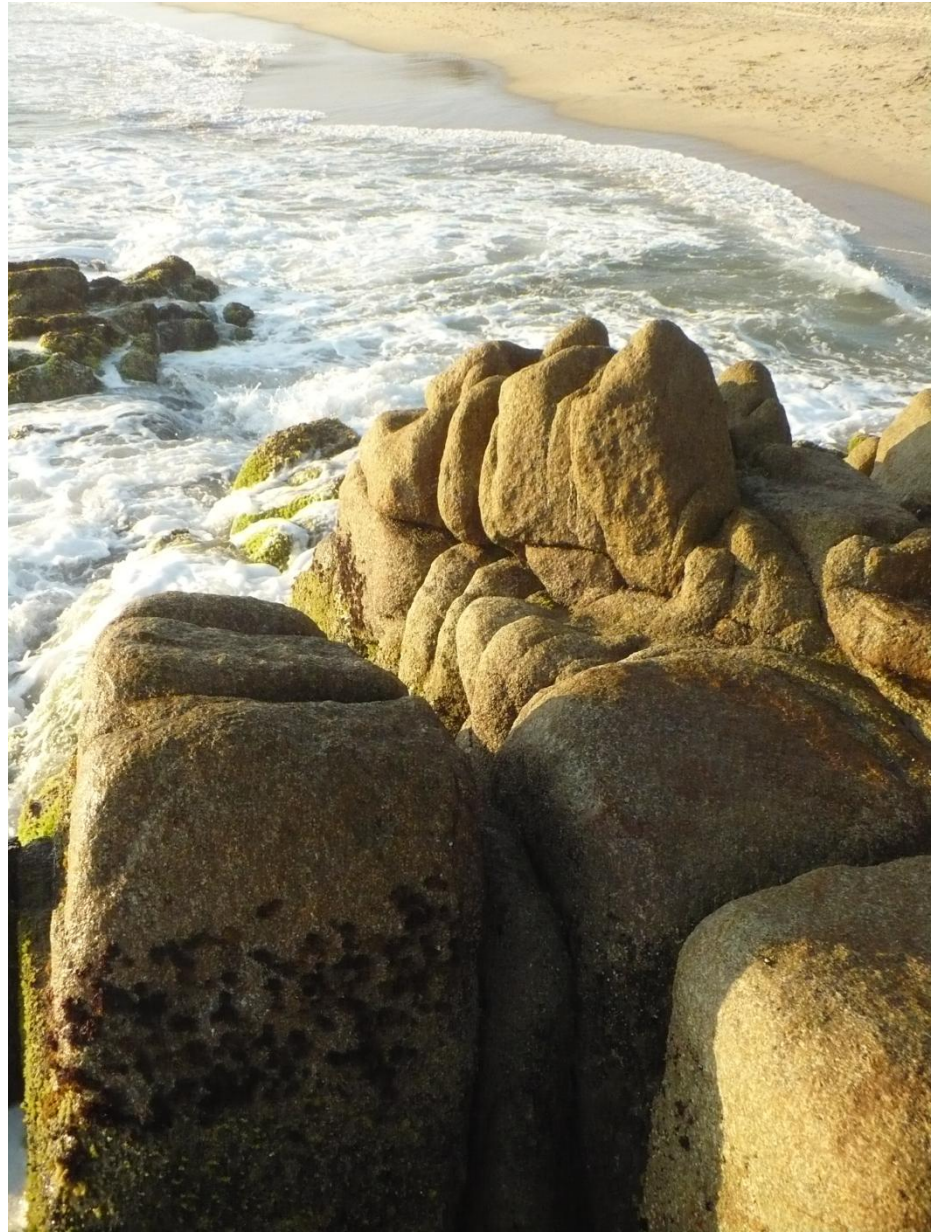
Érase una playa de gigantes

Seguía yo sorprendida y quise de cerca verificar sus rasgos humanoides. El oleaje de tantos siglos iba borrando poco a poco sus rostros, pero se podían adivinar fácilmente cuerpos y rostros de niños y adultos.

Sus caderas brillaban poderosas, como su tórax. Sus cabezas terminaban en puntas.



Sin duda, un suceso extraordinario los había dejado ahí plantados a orillas del mar. O bien su impresionante peso los dejó sembrados en la arena y jamás pudieron salir de ella.



Érase una playa de gigantes

Podría decirse que conversaban amenamente unos con otros, mientras el sol y los aires costeros acariciaban sus poderosos cuerpos.



Érase una playa de gigantes

Voltee hacia un lado: ahí estaba una mujer gigante con tocado de trenzas, jugando en cuclillas con sus hijos. La escena tenía vida, tanto que me sentí una intrusa: éramos los niños y yo quienes la interrumpíamos.



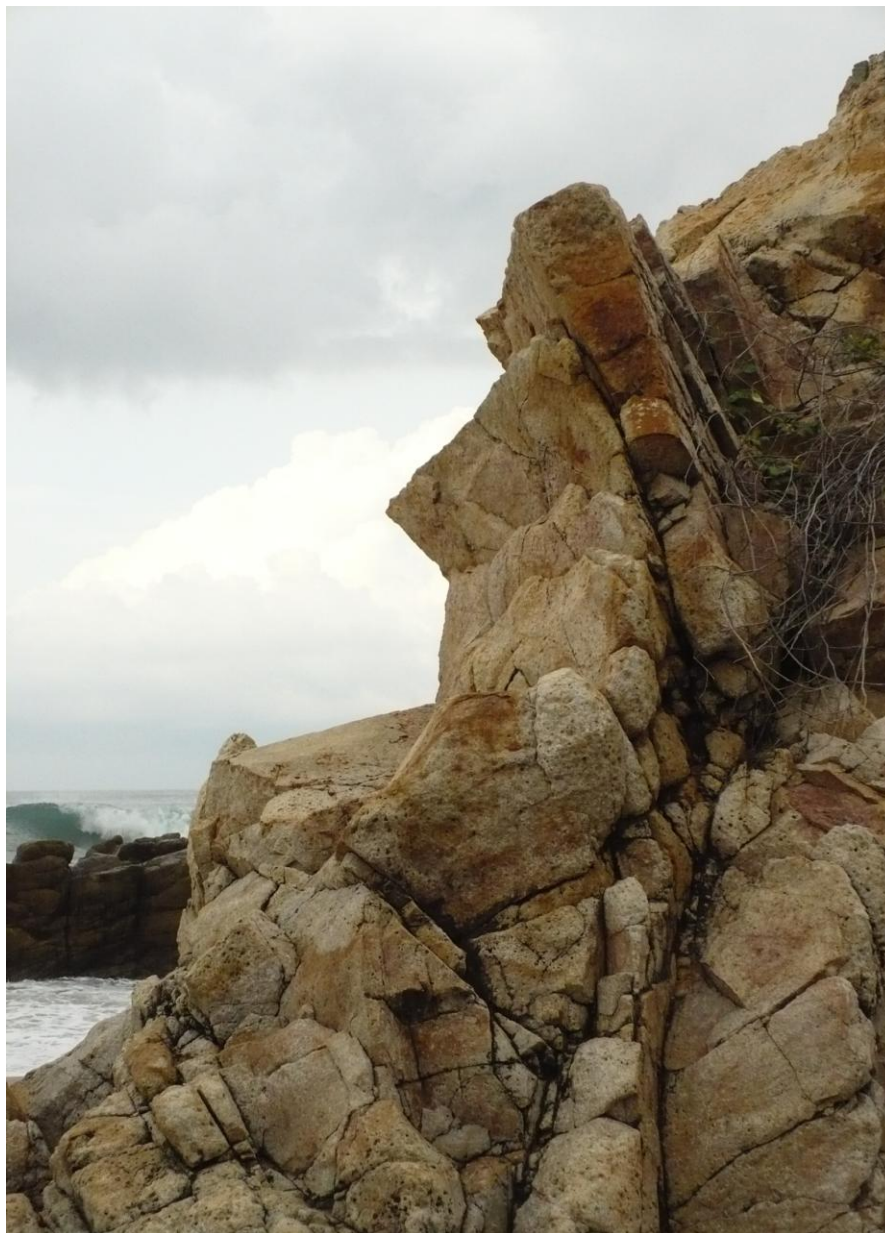
Érase una playa de gigantes

Unos pasos adelante me topé con una escultura de mármol. Era un gran monumento desde el que una mujer sondeaba el horizonte.



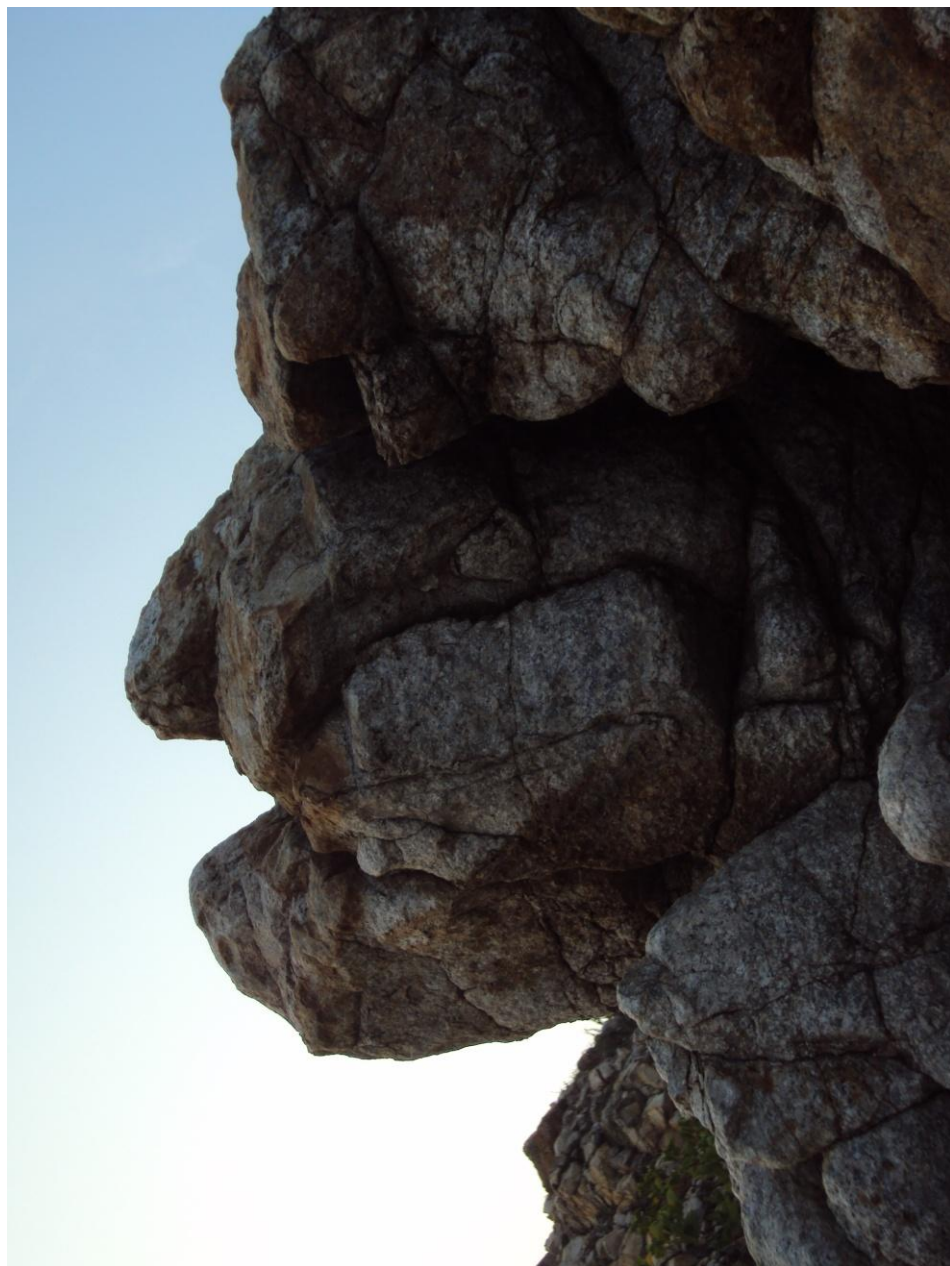
Érase una playa de gigantes

Me acerqué con mucho tiento, pues no quería interrumpir lo que ahí pasaba. Quise asegurarme de que aquello no era una alucinación, debía tocarlo, tal era su nítida entrada a ojos. En postura de vigía y desnuda, dominaba el espacio aquella joven mujer de trenza roja. Sí, era de firme roca con tonos ocres. Los vientos y humedades a lo largo de siglos habían depositado sobre su cuerpo plantas marinas y tinturas vegetales.



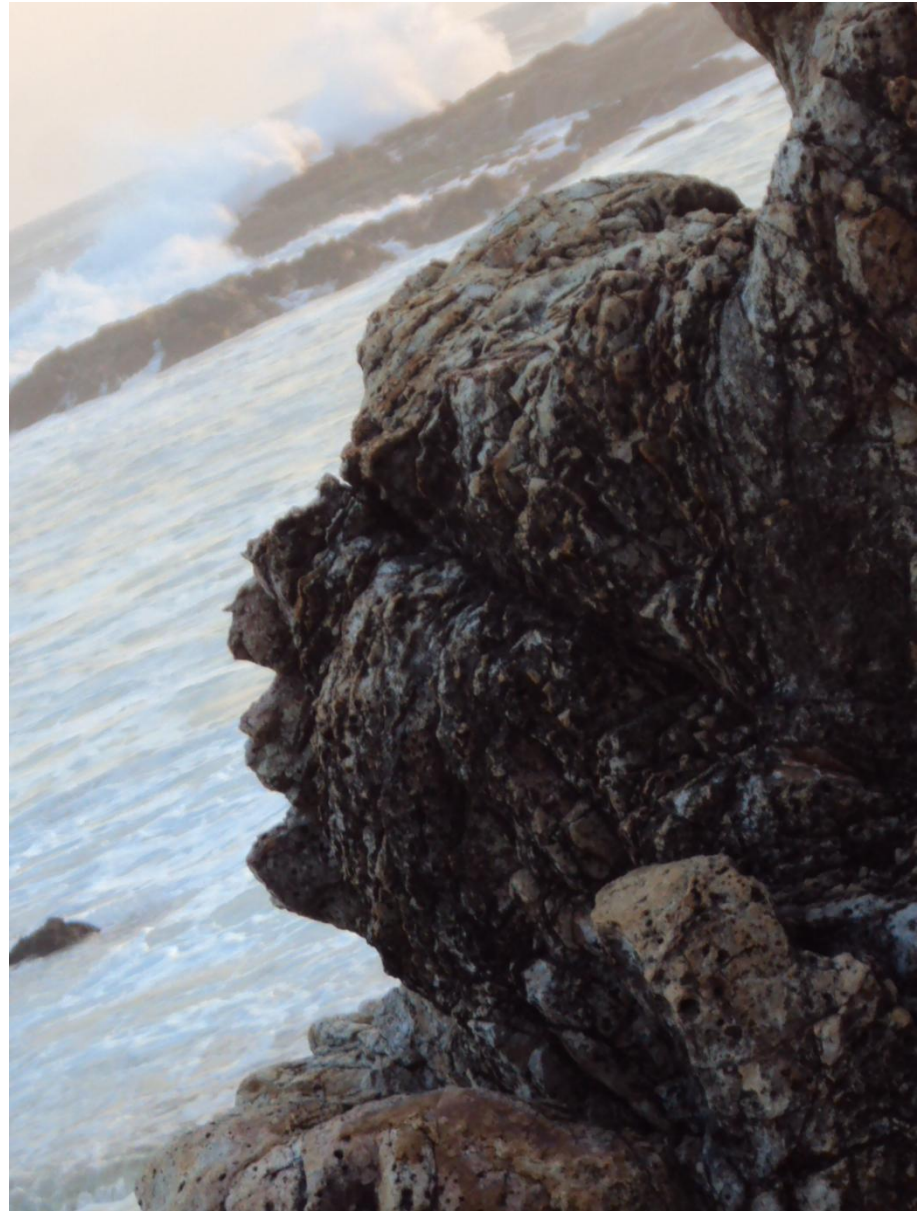
Di unos pasos más y tuve que dar otros de reversa: una gigante abuela, desdentada, miraba como la otra mujer, hacia el mar, en larga y porfiada espera.

Su presencia no podía ser casual, aquél acomodo de seres debía tener un sentido. Me invadió la necesidad de ocuparme en encontrar el misterio de aquellos seres pétreos.



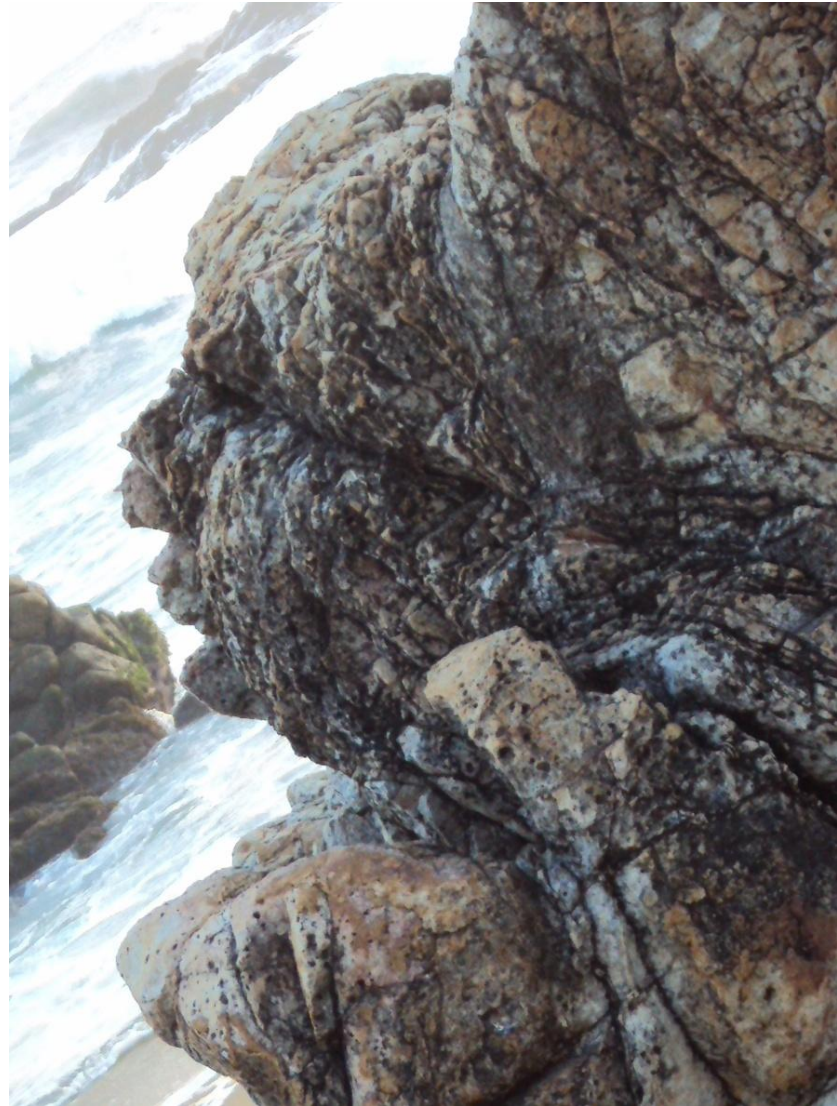
Érase una playa de gigantes

Como si estuvieran esperándome, y para donde caminara, encontraba formas y figuras humanoides, de gigantes. Otra cabeza de mujer madura se presentó a mi vista.



Érase una playa de gigantes

Me aproximé a ella. Sus arrugas estaban veteadas. La profundidad de su mirada la hacía reflexiva, mirando al sur, en paciente espera, como las demás mujeres.



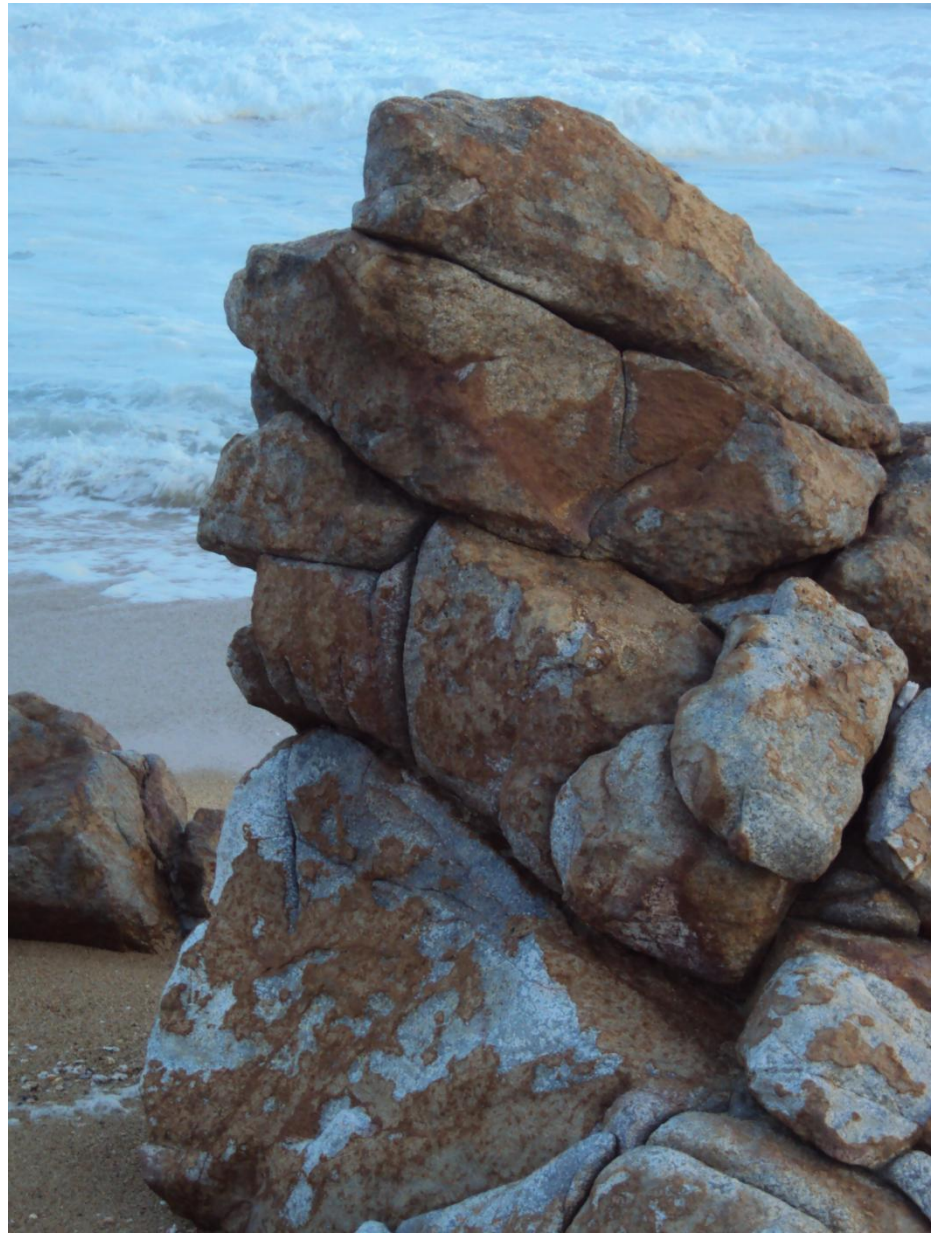
Érase una playa de gigantes

Otras cabezas yacían en el suelo, algunas de rasgos finos.



Era impensable que alguien hubiera colocado tales moles de rocas y que les hubiera dado esas formas pacientes de mirada hacia el sur.

¡Ahí habitaron seres gigantes!, me dije. Pudieron llegar de los mares del sur y los que aquí quedaron, esperaban la venida de sus semejantes o a quien les devolviera la vida, apagada en un segundo perdido entre millares de siglos.



Érase una playa de gigantes



Seguimos caminando por la playa. Nos salían al paso otros gigantes petrificados. Eran ballenatos y delfines, sonrientes y juguetones, que los niños montaban como caballos.

Érase una playa de gigantes



La alegría en tamaño gigante se había posesionado de la costa. El paisaje te llevaba a sonreír y carcajear, como lo hacían los niños Pérez Ventura.

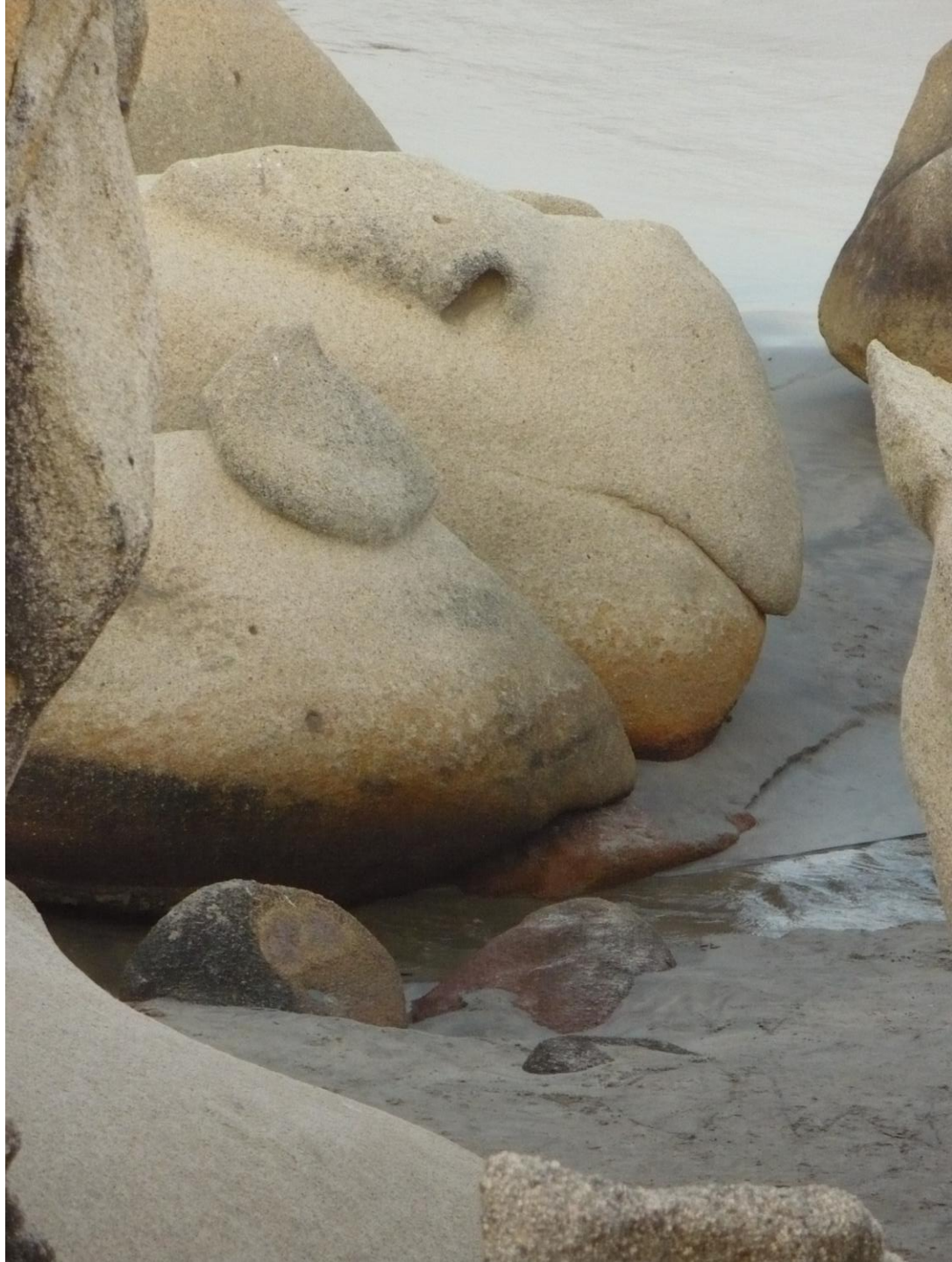
Érase una playa de gigantes



Descubrí a una tortuga desovando en la playa. Seguro que sus hijitas cuando salieran del cascarón en medio de tantos seres alegres y sonrientes, serían también vivarachas y estarían siempre contentas.

Érase una playa de gigantes

Todo mundo por ahí
ensayaba una y otra
sonrisa, como para
hacerse mejores.

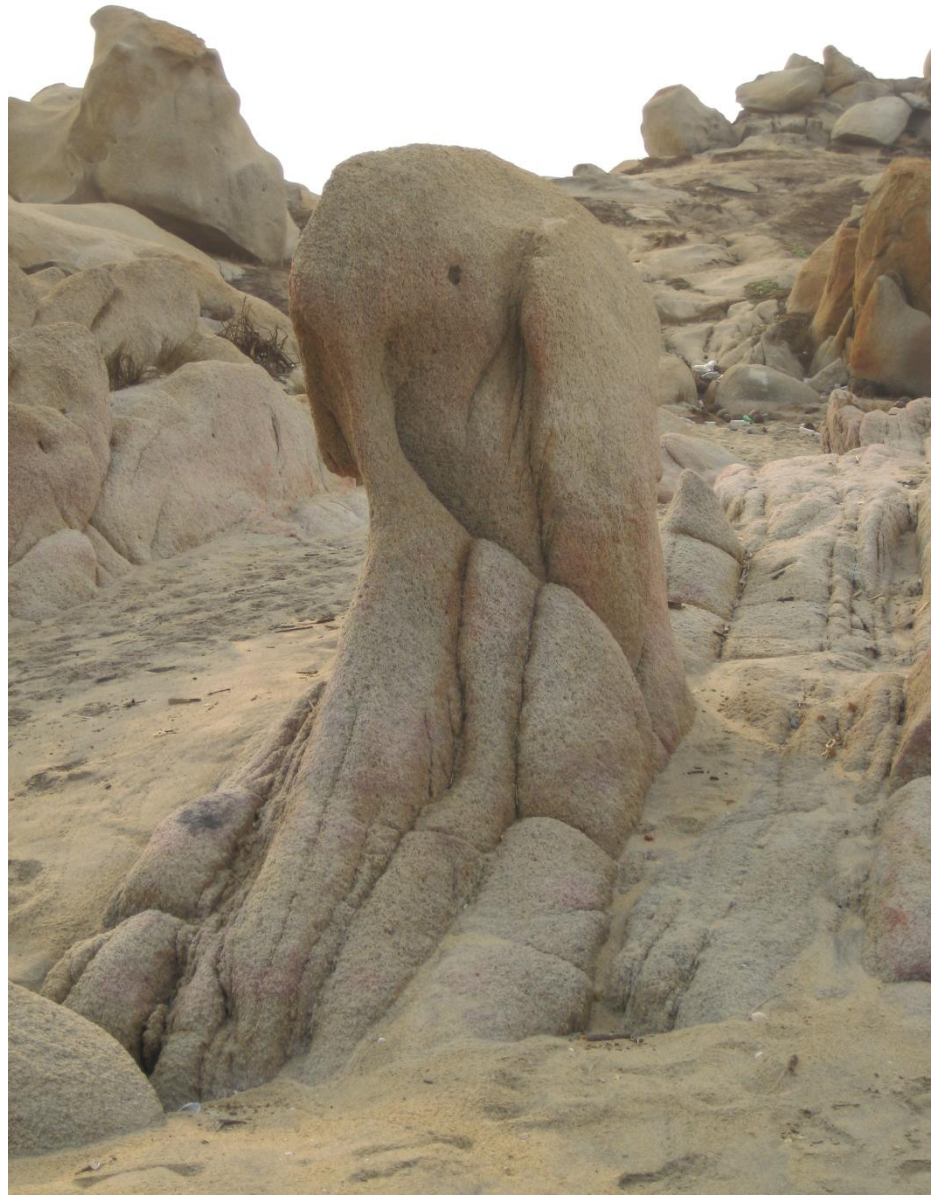


Y pronto aprendían a hacerlo. Sus sonrisas eran hermosas y gigantes.



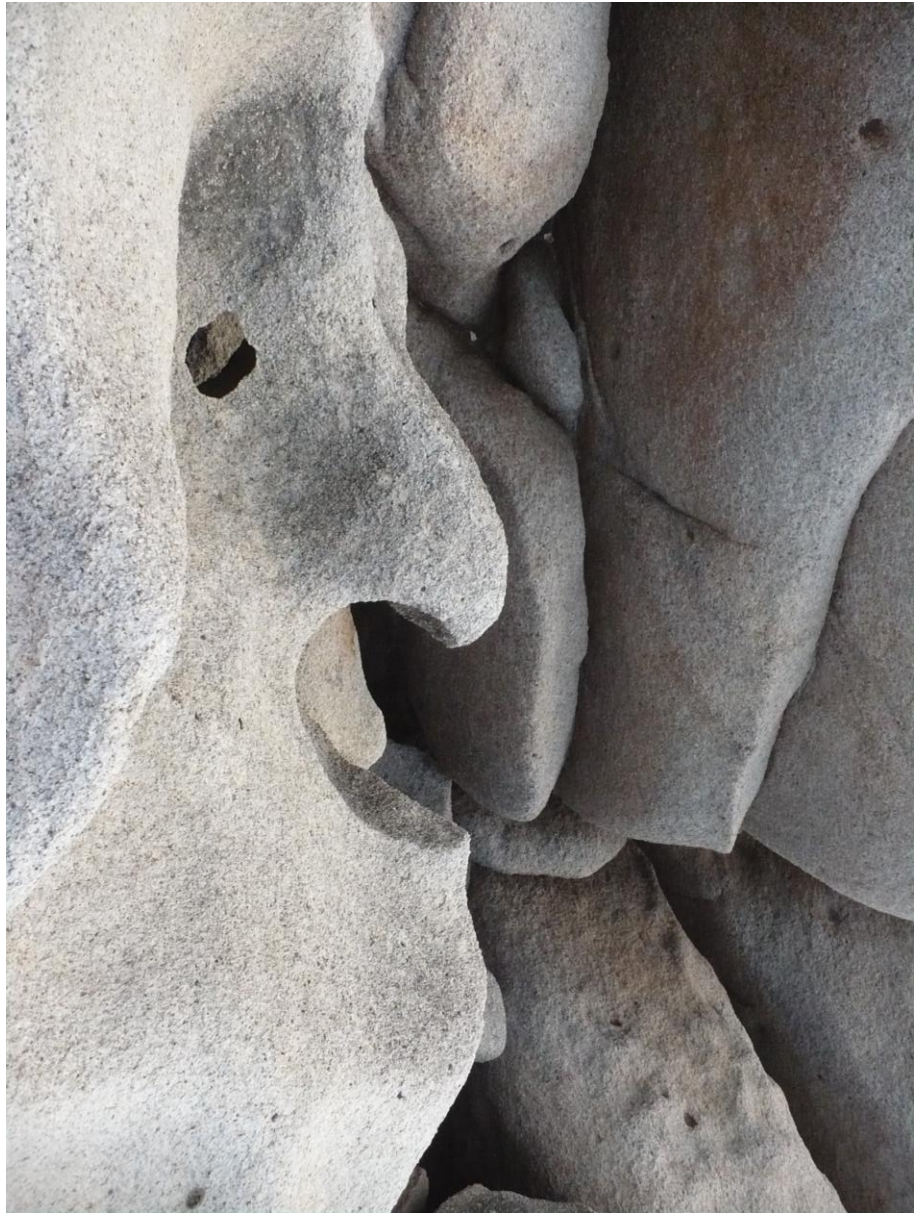
Érase una playa de gigantes

Gozaban haciendo caras,
divirtiéndose entre ellos.



Érase una playa de gigantes

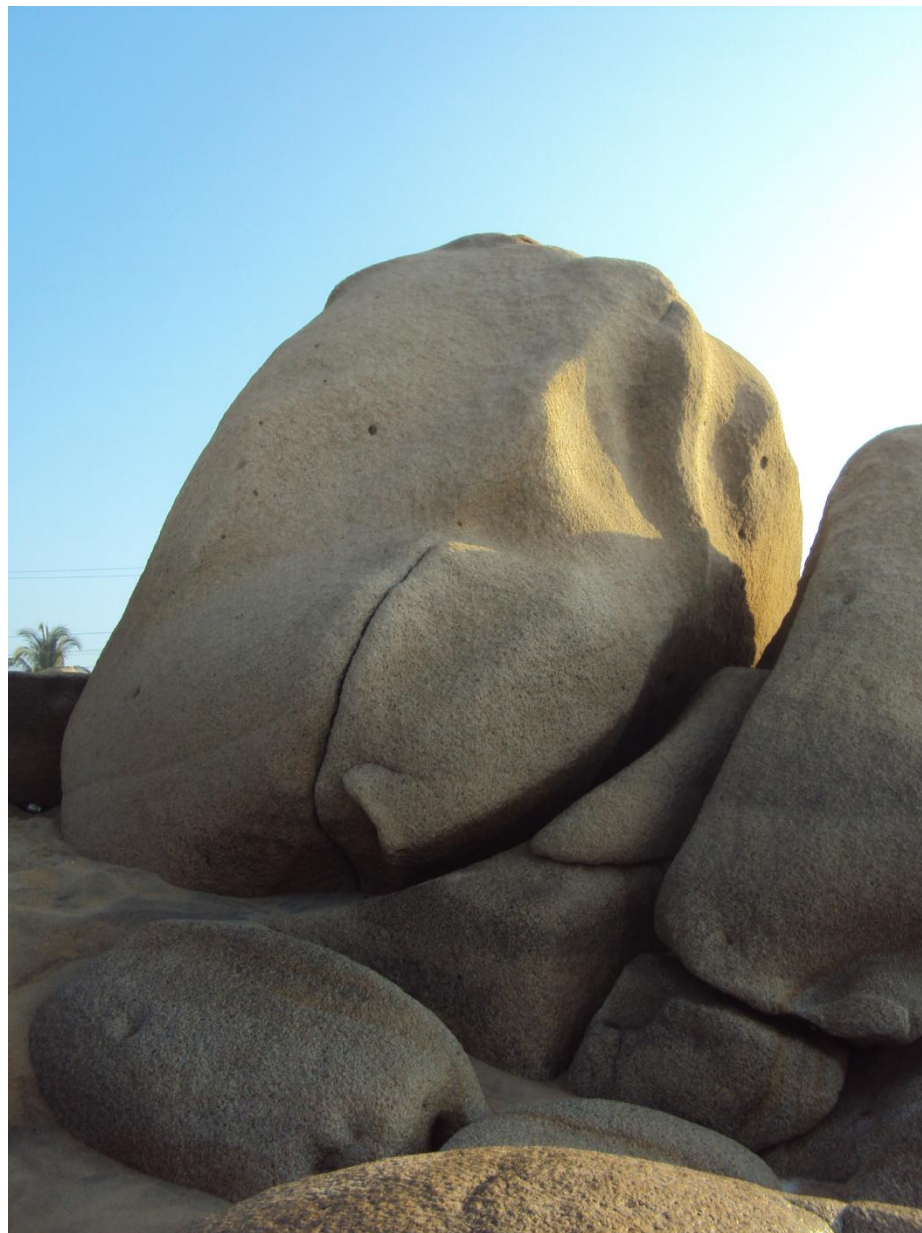
Hasta los cotorros sonreían
abiertamente.



Érase una playa de gigantes

Uno de los gigantes trataba de contener su risa pero no pudo evitarla. Sus ojos lo delataron. ¿Será que el cataclismo ocurrió mientras estaban jugando o contando chistes? ¿O será que siempre fueron alegres y ese día de convertirse en piedra fue un día cualquiera?

Me pareció que el misterio se iba develando a nuestro paso, entre la algarabía de los niños que me acompañaban.

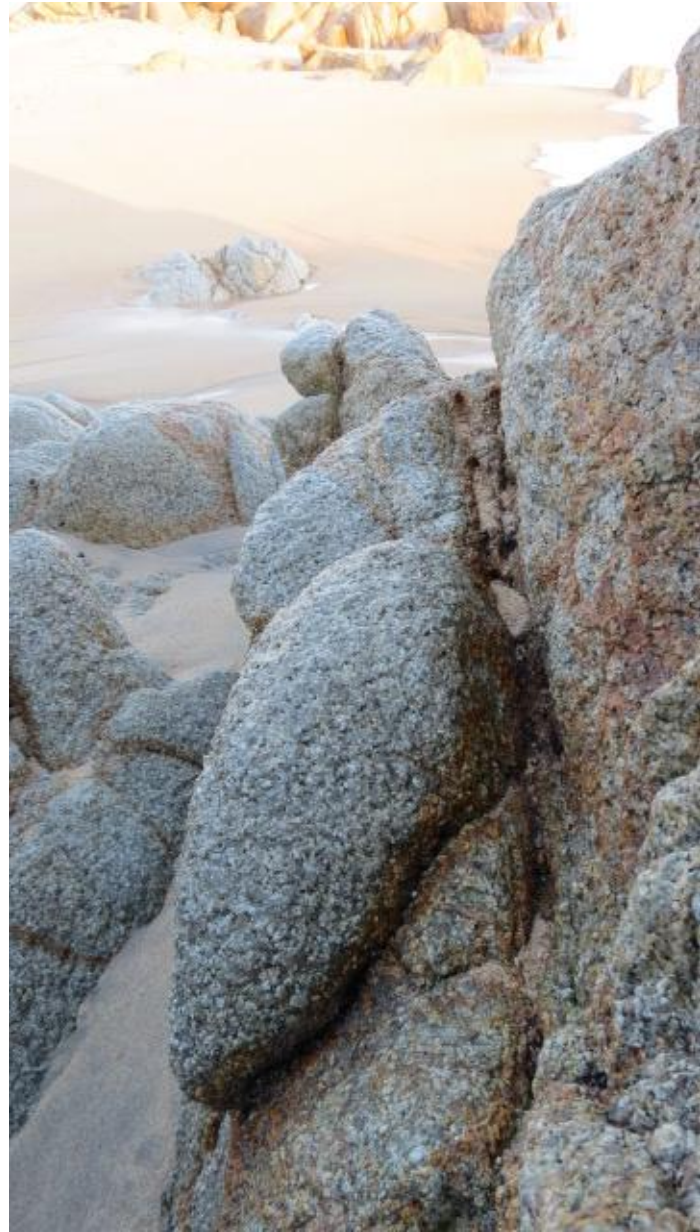


El deporte de ellos era sonreír aunque fuera hacia el cielo. Capaz que jugaban con las estrellas y aquél brutal cambio les ocurrió de noche, mientras las miraban volar y brincar alegremente.



Érase una playa de gigantes

Continuamos nuestro camino hacia la Casa de Piedra y otras mujeres aparecieron acostadas por la playa.



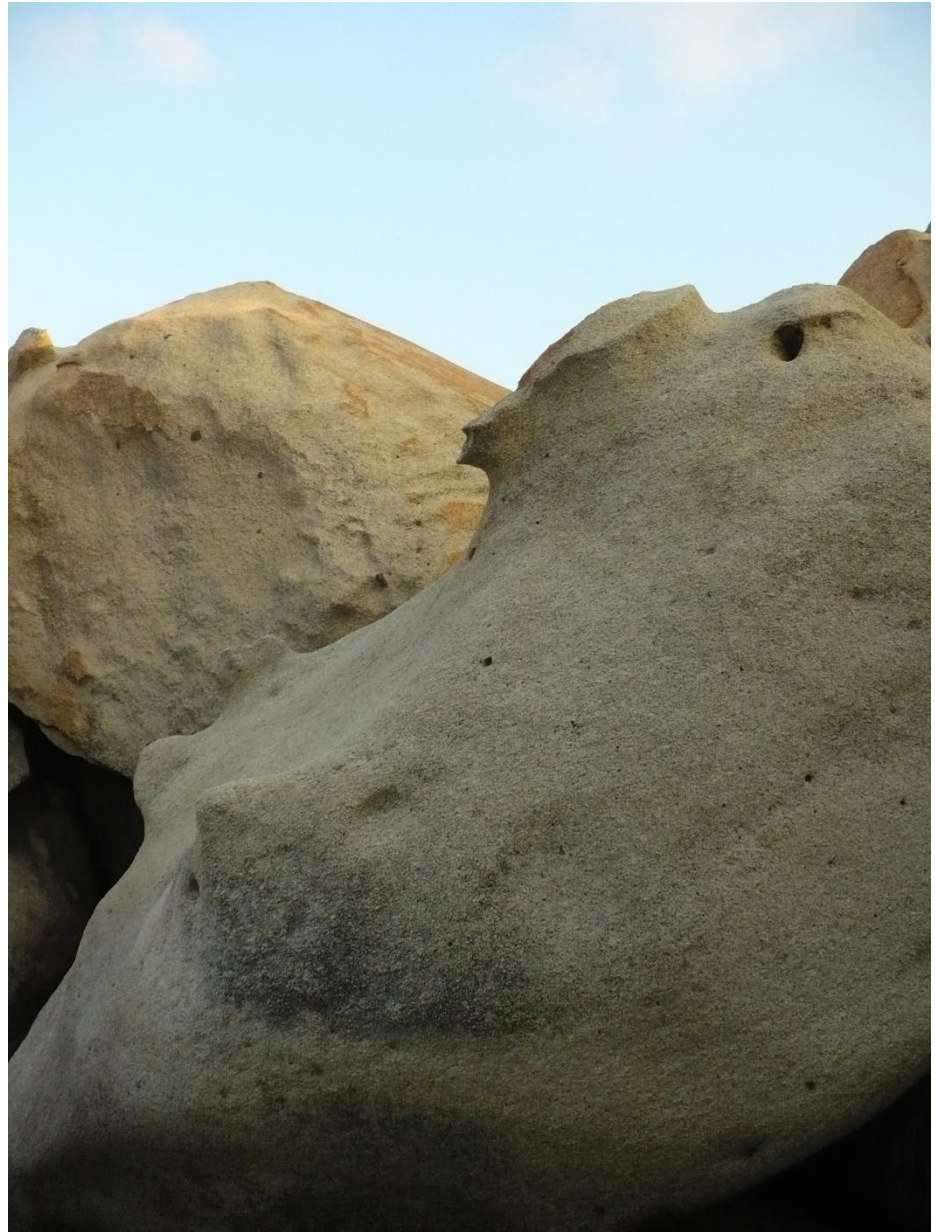
Érase una playa de gigantes

Muchas más dormían juntas con sus hijos un sueño reposado.



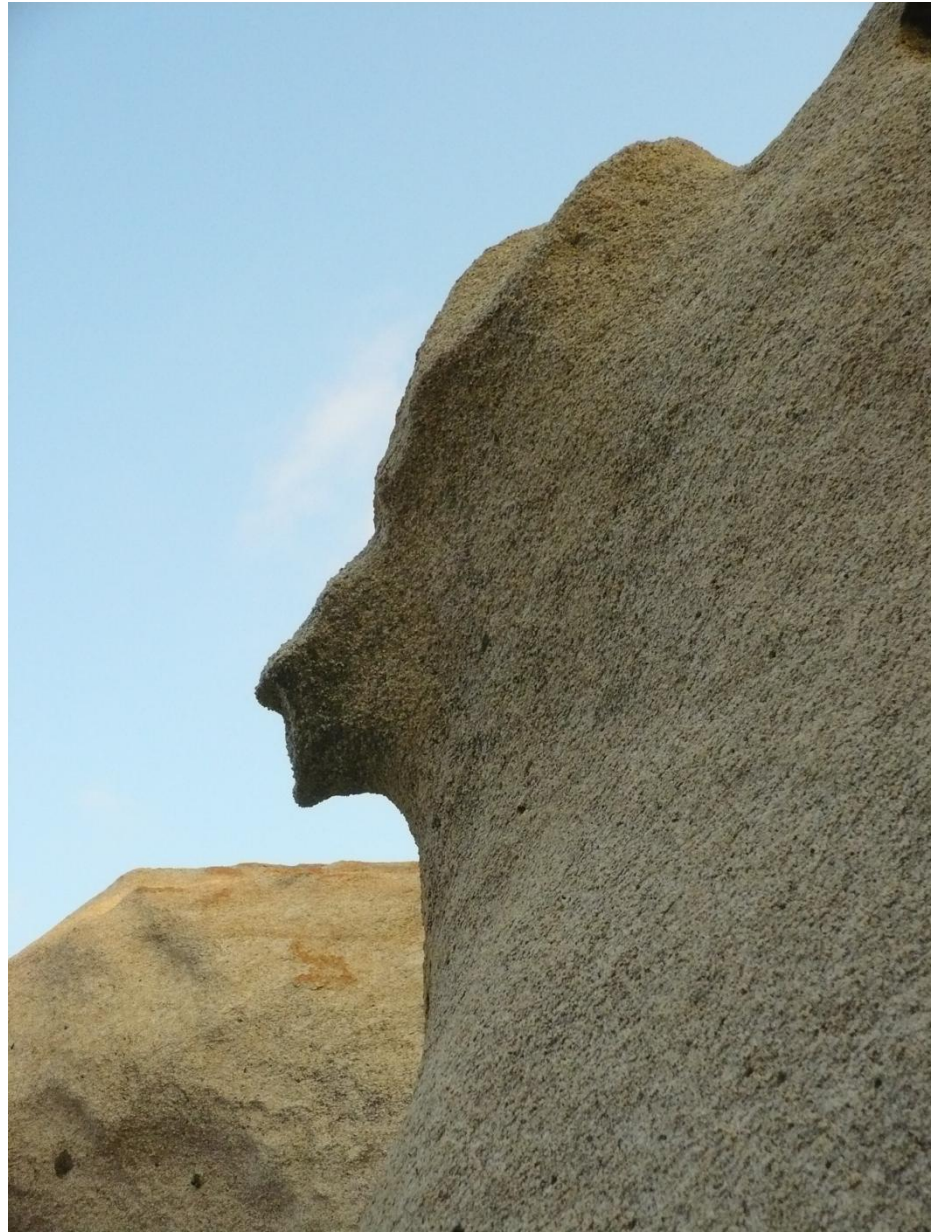
Érase una playa de gigantes

Habíamos llegado a Casa de Piedra. Nos recibió una hermosa mujer de fino rostro y de gran tocado de formas curvas.



Érase una playa de gigantes

Su perfil aguileño era perfecto, estaba esculpido en roca firme. La serenidad fluía de ella, como en las primeras mujeres de la playa. Sentí que me invitaba a quedarme con ellos, así era de hospitalaria.



Érase una playa de gigantes

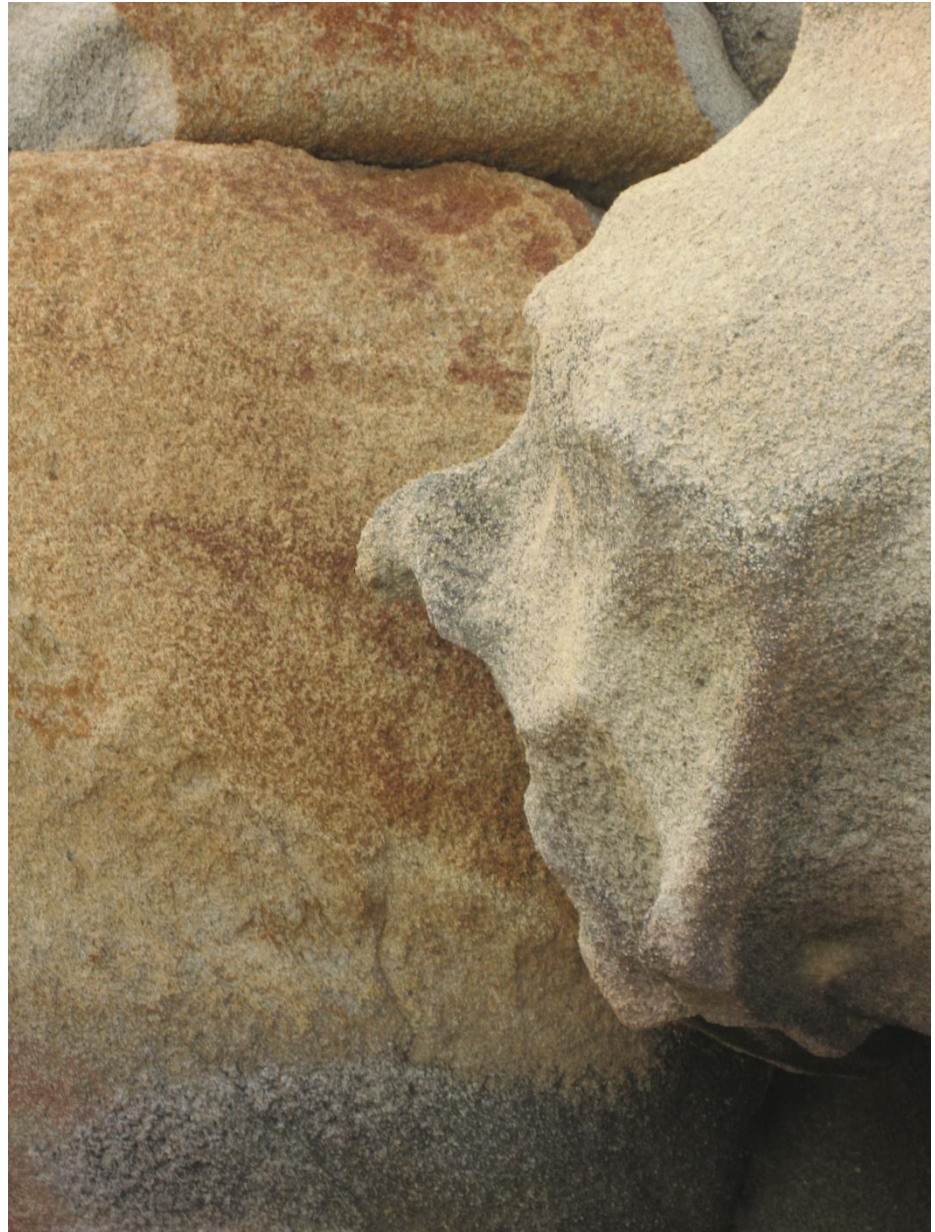
Subí por las rocas. Los niños decidieron esperarme abajo en la arena. Me advirtieron que no me acercara al golpeteo de las olas, pues era muy peligroso.

Entre las rocas había grandes oquedades de las que salían murciélagos al percibirme.

Apareció saliendo de una de ellas, la cabeza barbada de otro gigante, como máscara de teatro. Sus rasgos eran también finos, de aguilucho.

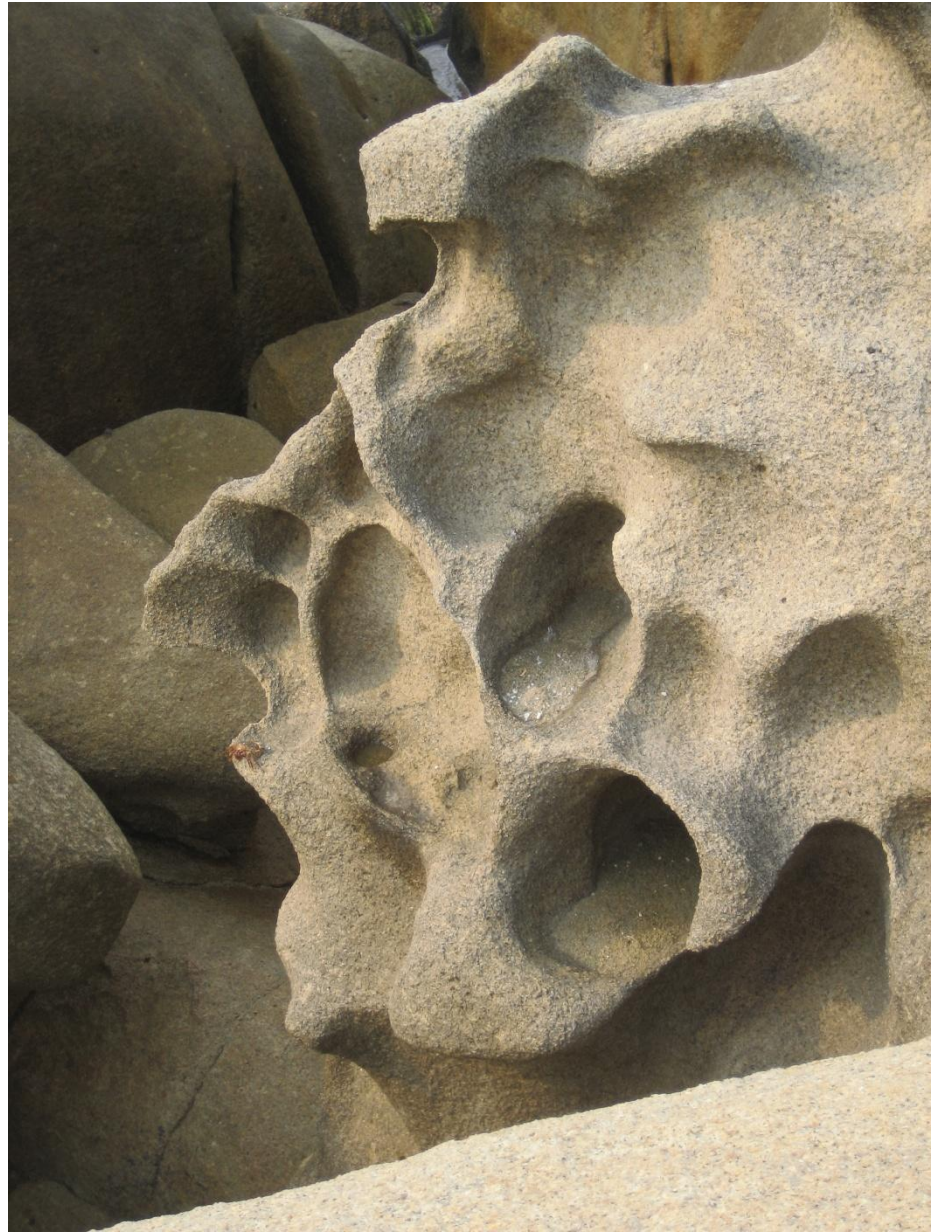


Uno mas de su familia estaba ahí arrinconado, como contando hasta diez, jugando a las escondidas con todos los de abajo.



Érase una playa de gigantes

Al ver a un tercero con su máscara me convencí de que ahí hubo una fiesta de disfraces, para divertir a los niños. Su hechura era pulcra y agraciada.



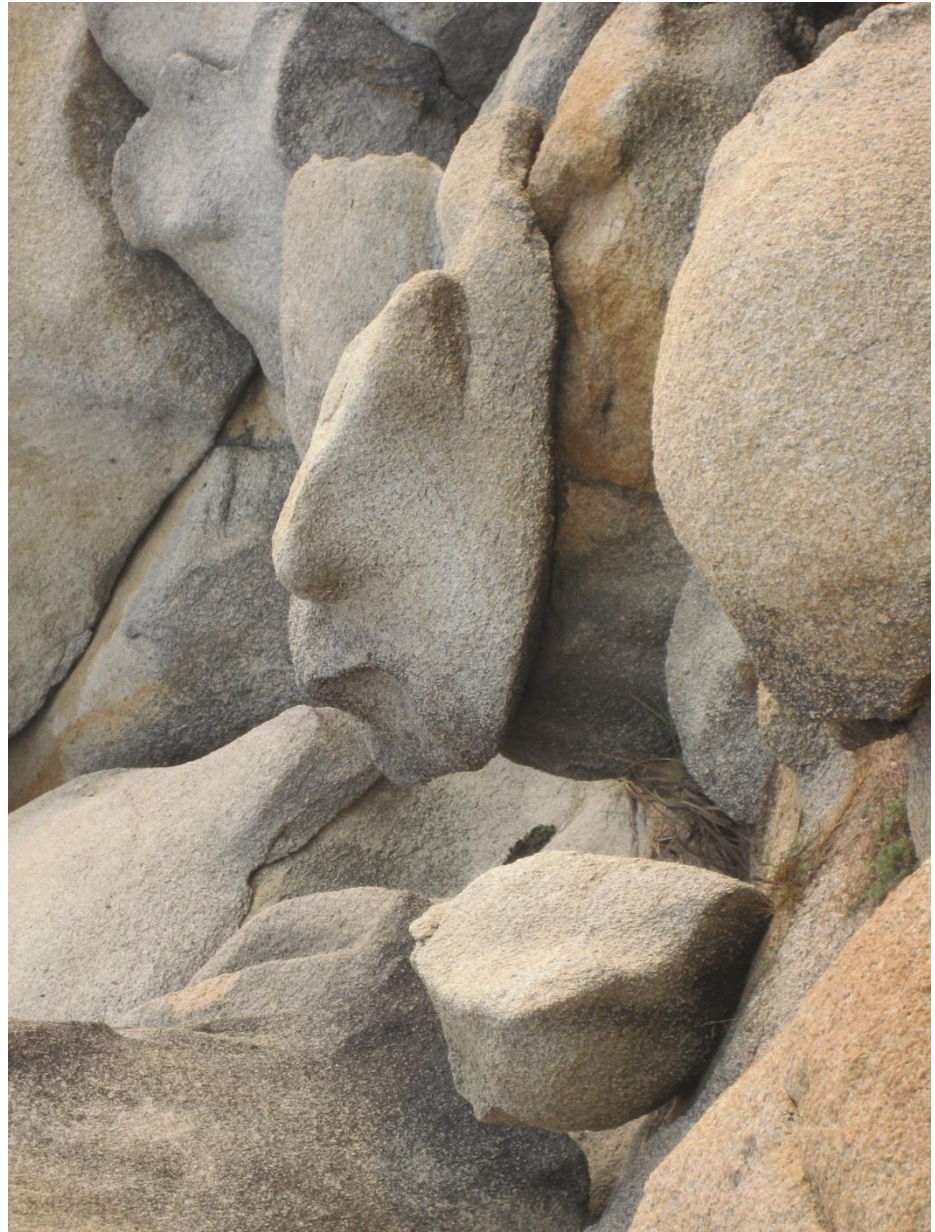
Érase una playa de gigantes

Había máscaras para escoger,
a cual más de chistosas. A
esos gigantes les encantaba
divertir a sus niños. Sus
alegrías debieron ser también
gigantes, y duraban días y
noches sin parar.



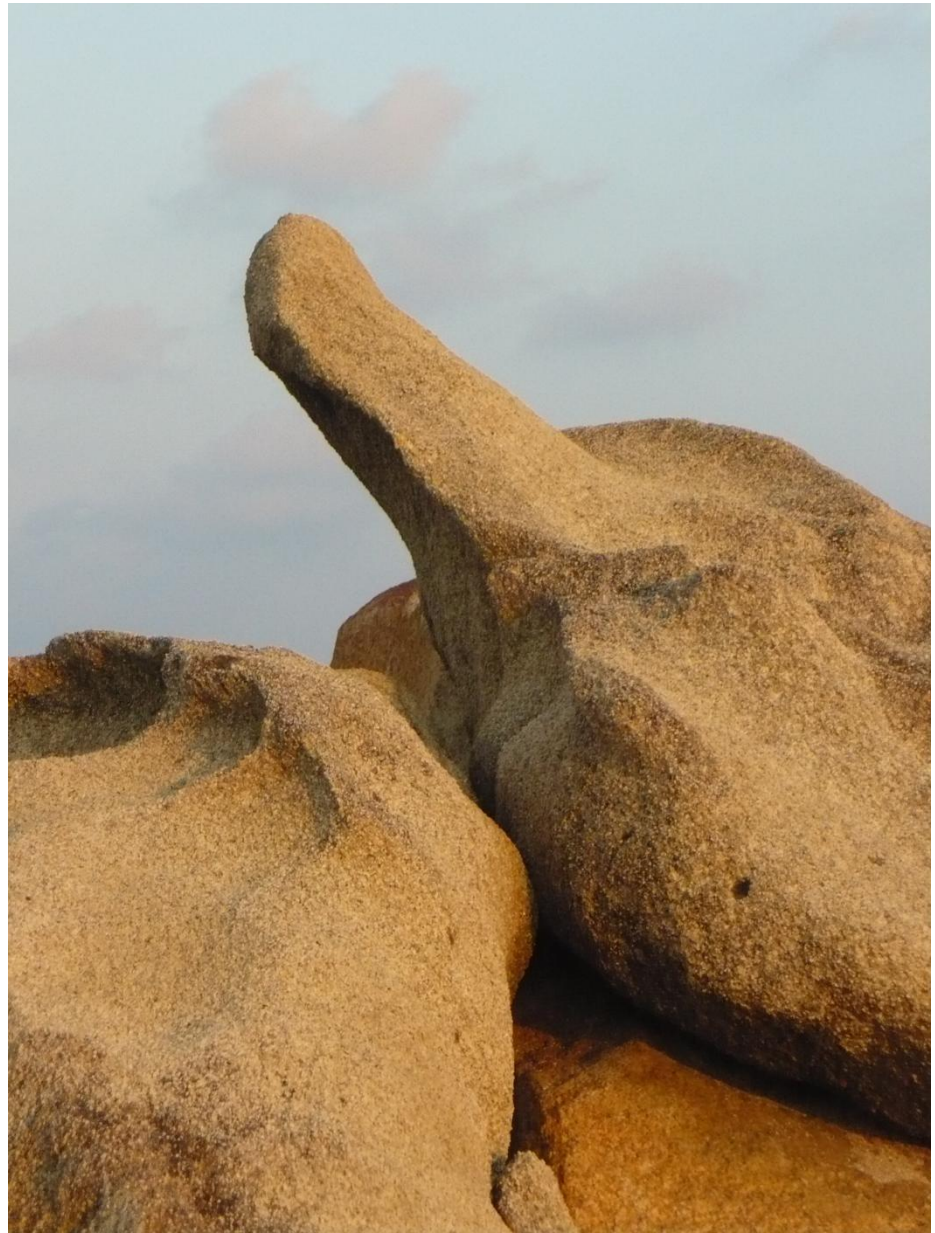
Érase una playa de gigantes

Las máscaras eran de todos tamaños, pero todas para gigantes, algunas hasta tres veces más grandes que yo.



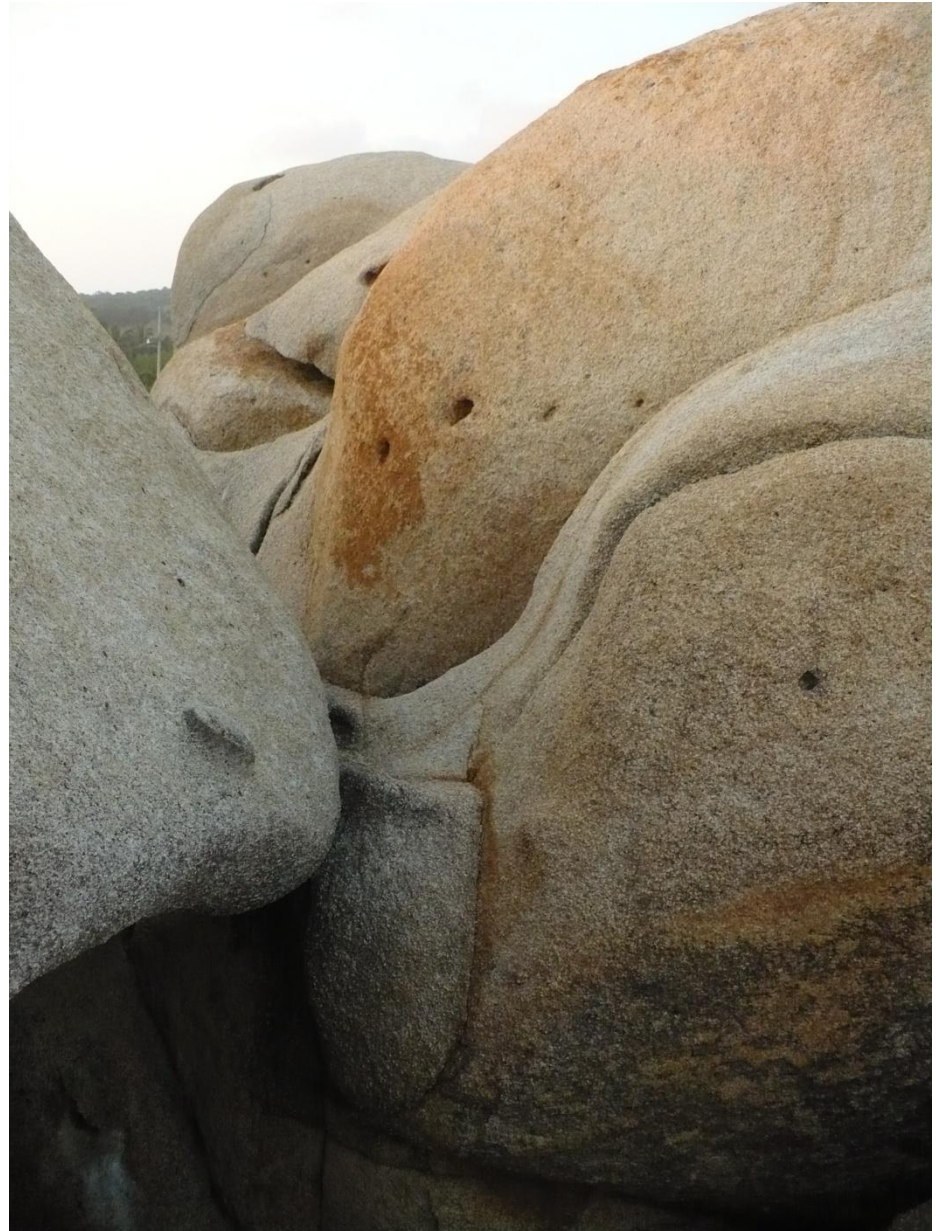
Érase una playa de gigantes

Aún los gigantes de larga nariz
tenían un rostro sonriente:
ahí se jugaba a ser feliz o se
era permanentemente feliz.
Esa era la actitud común,
contundente.



Érase una playa de gigantes

¡Sí tenían que ser felices! ¡Ahí se besaban! ¡Pude encontrar la inmensa prueba de su felicidad, con un par de gigantes hechos roca que se daban un beso enternecedor!



Érase una playa de gigantes

¡Y otro encantador beso! Éste
de un niño que cerraba sus
ojos para acariciar la gloria.

.



Érase una playa de gigantes

Aquellos gigantes aprendían desde muy pequeños a ser cariñosos y tiernos, con sus padres, también felices.



Érase una playa de gigantes

Sí, tenían bebés gigantes con gorros de invierno.



Érase una playa de gigantes

Seguí subiendo por las rocas, descubriendo a más seres adustos,
como las primeras mujeres, mirando hacia el horizonte.



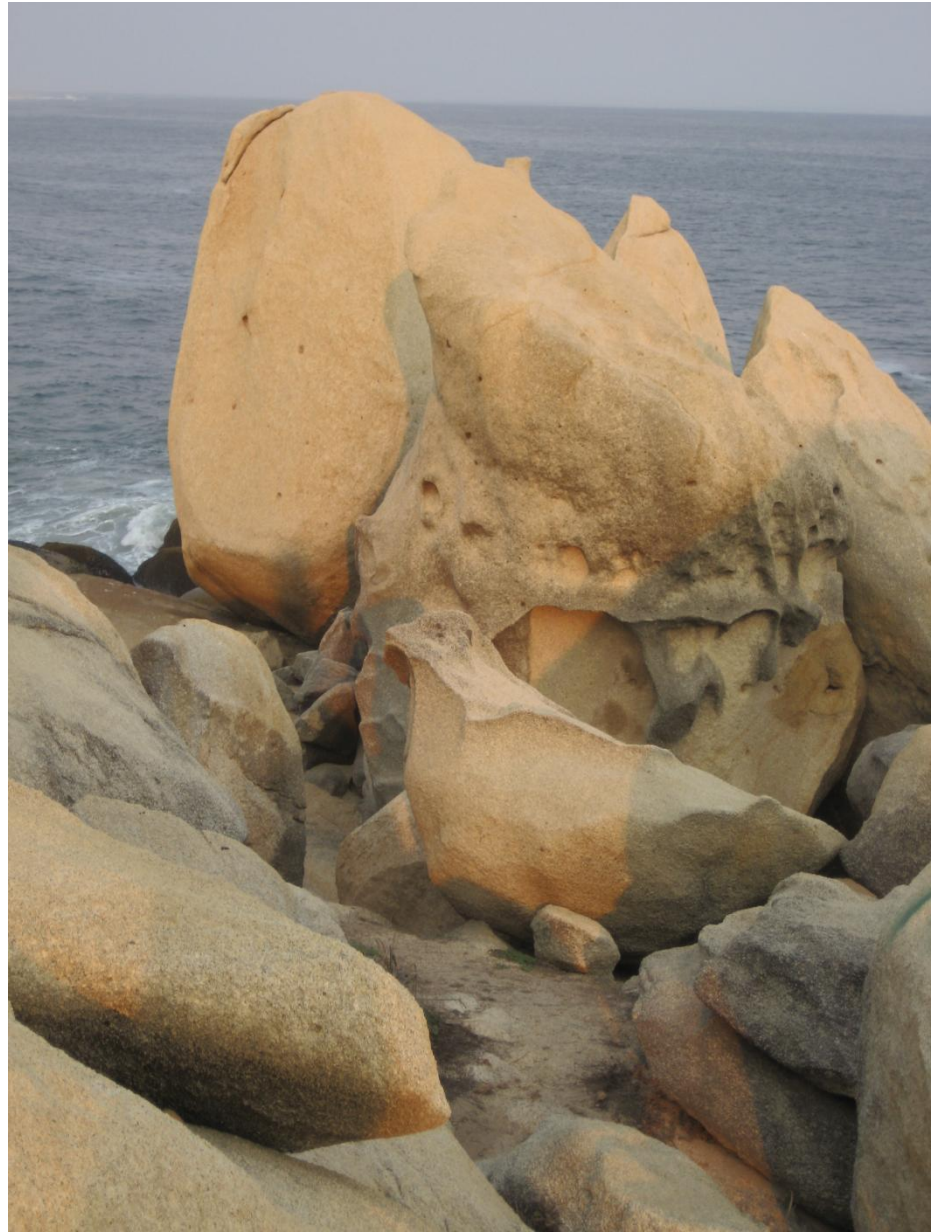
Érase una playa de gigantes

Allá estaban sus viejos, dominando el paisaje desde lo alto.
Tenían miles de años observando y esperando. ¿A quién esperaban?



Érase una playa de gigantes

Les acompañaban aves en su espera.



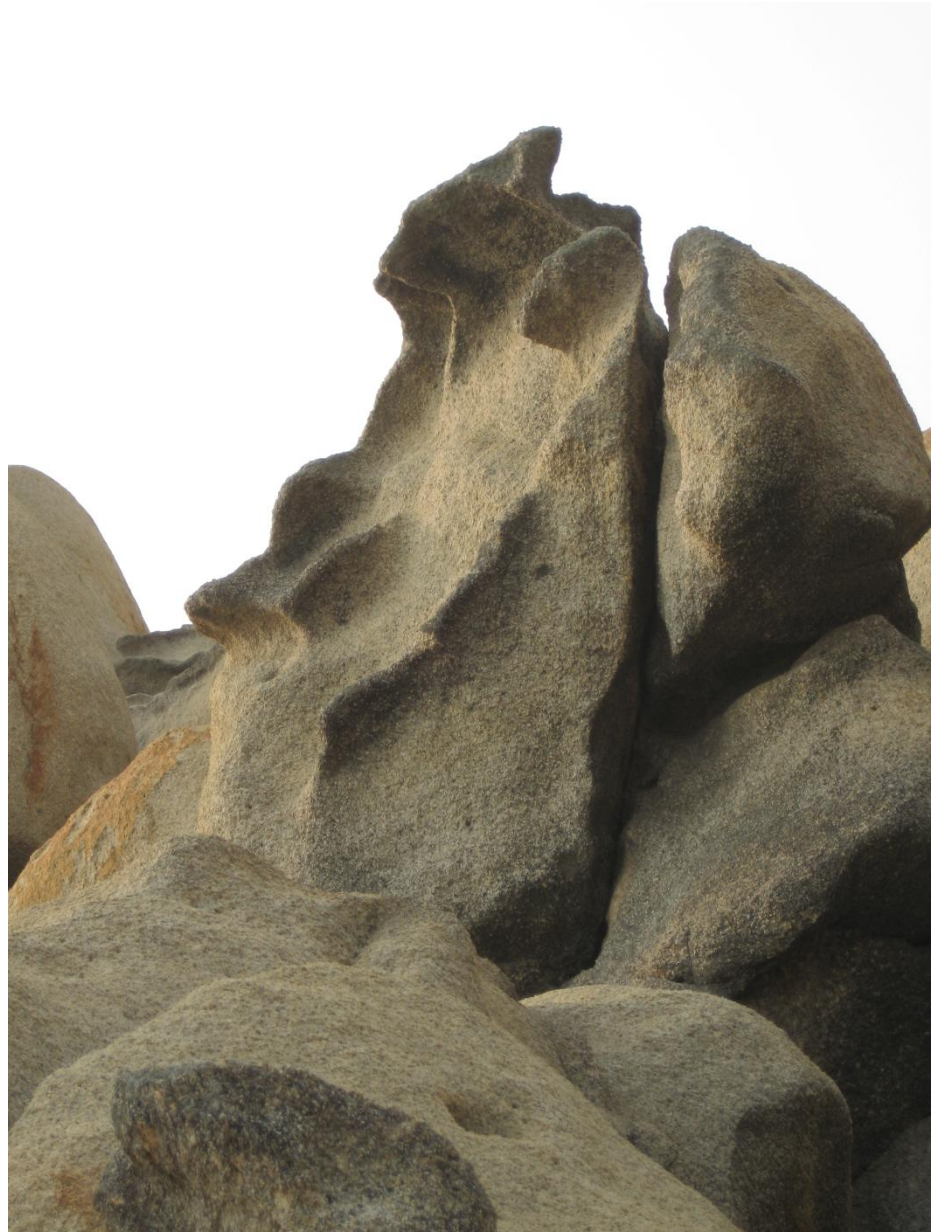
Érase una playa de gigantes

Aves gigantes como ellos.



Érase una playa de gigantes

Seguí subiendo. En una de las cimas me aguardaba una gran señora, de gorro como varias otras. Su rostro, como el de su acompañante, emanaba esperanza, era tranquilo. Tenía todo el tiempo disponible, sin prisas.



Érase una playa de gigantes

Cerca de ella se balanceaba una mujer mayor, también de gorro.
¿Balancearse hace más corta la espera?



Érase una playa de gigantes

Di unos pasos más: otros gigantes les hacían compañía.
Una entre ellos estaba sorprendida.



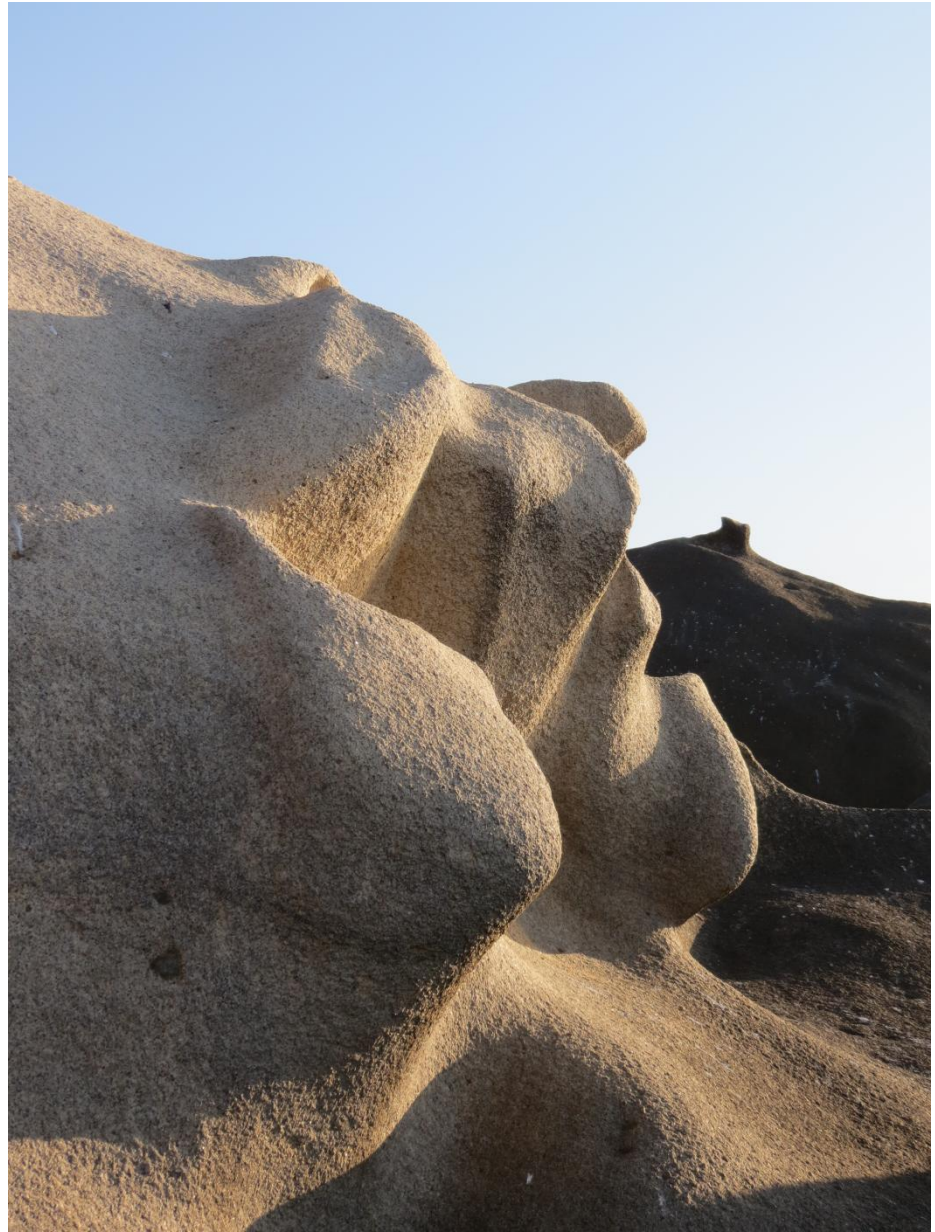
Érase una playa de gigantes

Seguí subiendo. En otra cima tomaban sol y aire varios gigantes desnudos, mirando hacia el cielo. Me pareció que oraban pausadamente, como mi abuela por las noches. Me acerqué a escuchar su respiración.



Érase una playa de gigantes

Sus pechos se hinchaban rítmicamente y de sus bocas entraba y salía el aire con agudos silbidos. ¿Estarían llamando a alguien?



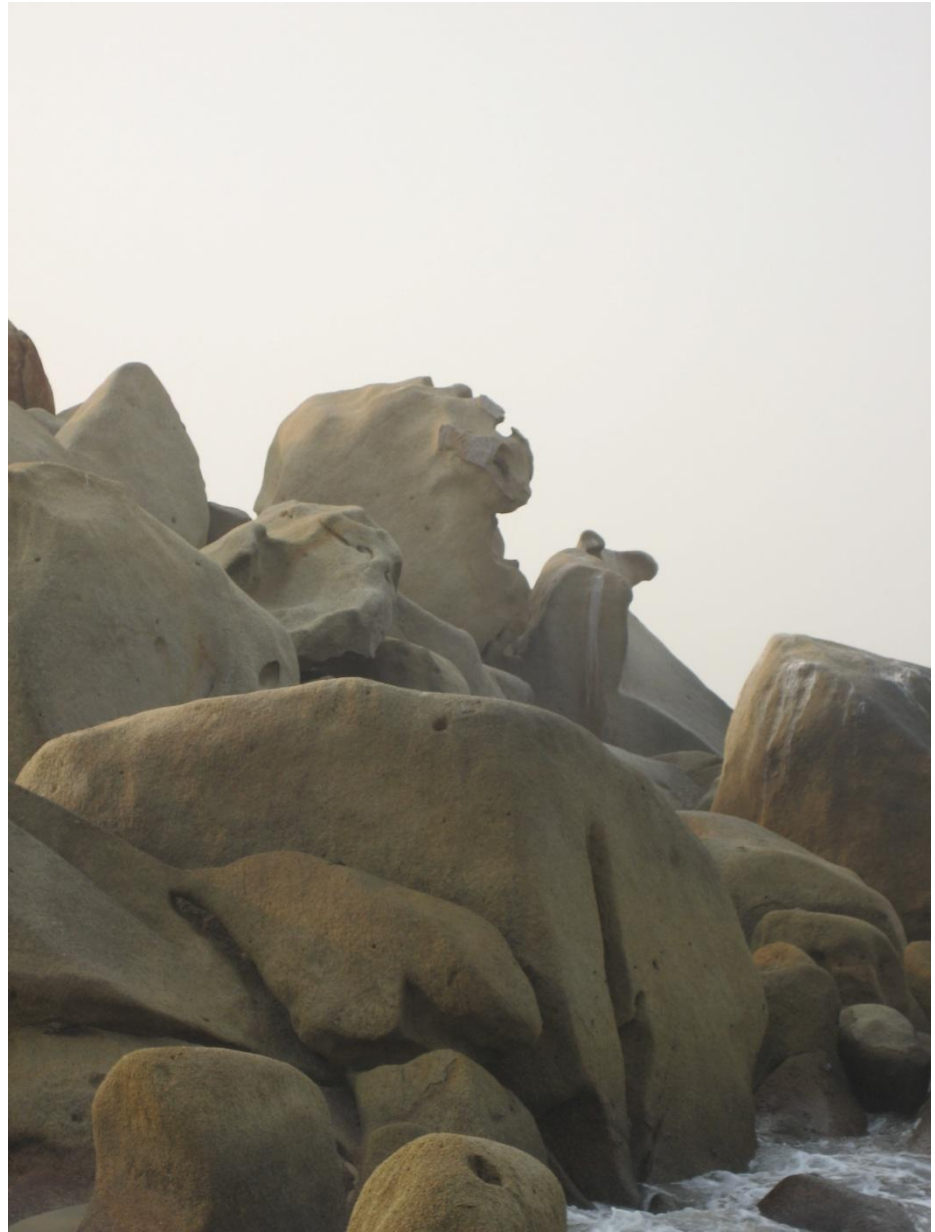
Érase una playa de gigantes

Sus gestos eran de súplica: les urgía salir de su estado pétreo y nadie acudía a su llamado. Creo que yo era la primera en darme cuenta de eso. Sentí que tenía la clave del misterio.



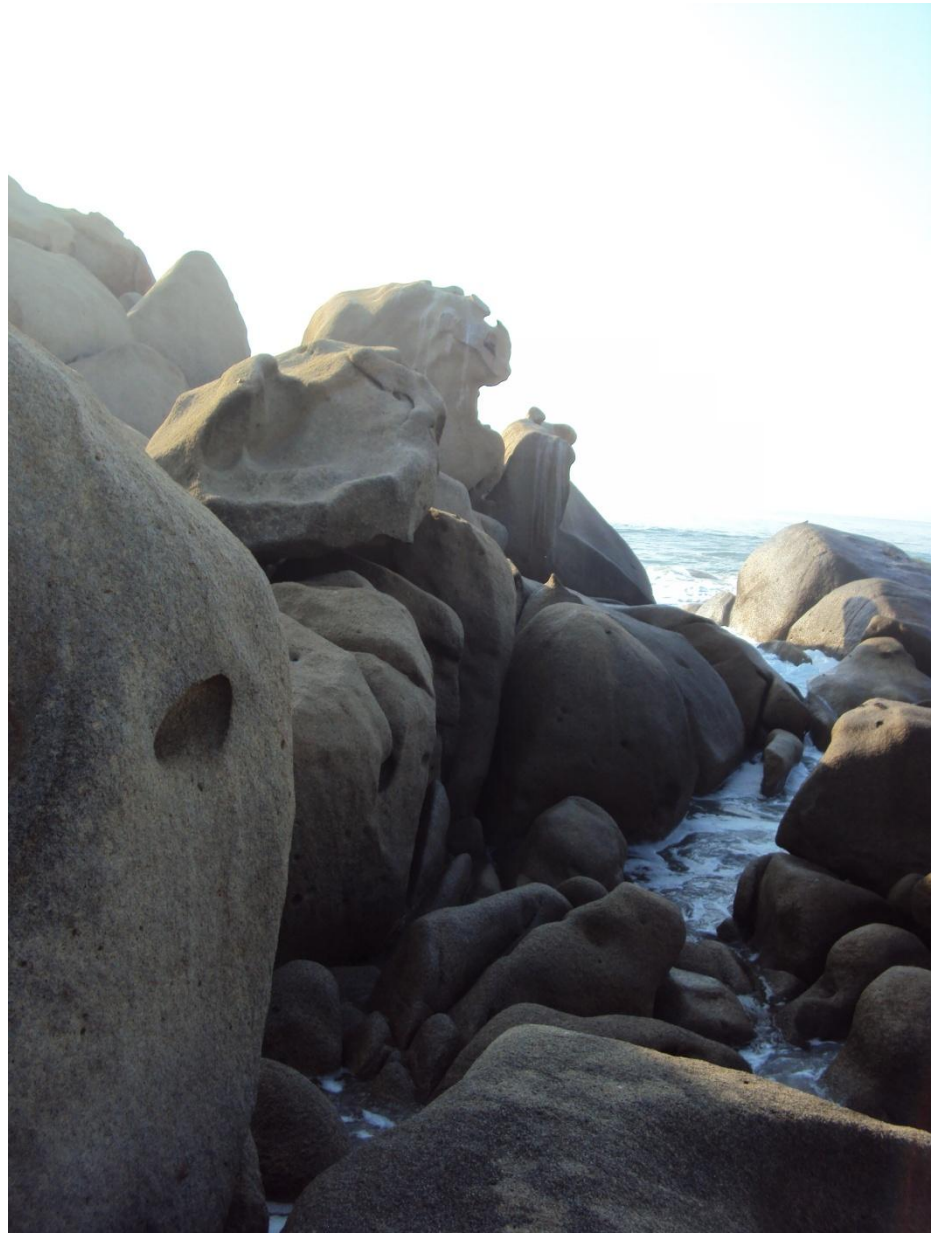
Érase una playa de gigantes

Entonces escuché que me llamaba una voz majestuosa del lado del mar. Perdí mi voluntad y empecé a saltar entre las rocas para llegar a aquél gigante, que posaba acompañado de dos vigías.



Érase una playa de gigantes

Para llegar hasta él, era obligado pasar entre rachas de olas que rebotaban con fuerza sobre las rocas. Sin recordar las advertencias de los niños, avancé entre golpes de olas hacia el gigante mayor, que me esperaba inmóvil.



Érase una playa de gigantes

Al acercarme sentía más y más pesadas mis piernas, a la vez que más poderosas. Brincar entre las rocas era fácil y no reconocía ningún peligro, a pesar del empuje de las olas. Empezaba a sentirme otra.



Érase una playa de gigantes

Llegué ante ella: era una gigante mirando como las otras, también vigías, hacia el mar del sur.

Su máscara era sombría, y revelaba pasados llantos. Con fuerza gutural, todopoderosa, me invitó a posar como ella, en silencio.

Sentí que era mi hermana/madre/abuela. Su vigor impregnaba mi cuerpo y me transformaba en ella, valiente e invencible.



Así debí estar horas, hasta cerca del ocaso, creciendo por todo mi cuerpo y mente en fuerza y valor, en alegría y sosiego, en esperanza y entendimiento.

Así hasta que escuché el grito asustado de uno de los niños: ¡la encontré! ¡está junto a la gigante muy cerca de donde revientan las olas! ¡Hay que aventarle cuerdas para que pueda regresar sin estrellarse contra las rocas!

Salí de ahí ante la mirada atónita de los niños: yo era otra, ¡una gigante!





Tributo a los habitantes de Playa Ventura, Guerrero, tras 37 años de visitas.

Érase una playa de gigantes